

PREGÓN A NUESTRA SEÑORA  
DEL SOCORRO CORONADA

CÓRDOBA, 2 DE SEPTIEMBRE 2006

---

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS

*Auxilium Christianorum, Ora pro nobis*

Ave María:

A la ciudad de refugio para el pecador arrepentido...Al bálsamo suave para curar las heridas de las culpas...; al aliento de los que desmayan; a la atalaya del Cielo; a la bienaventuranza eterna de sus devotos; al alcázar del Rey Soberano; a la alfombra de flores para el consistorio de la Santísima Trinidad; al árbol misterioso de la vida; a la bonanza segura después de las tormentas de este mundo...; a la antorcha ardiente que con el fuego y luz de su devoción, alumbraba a los que caminan por los oscuros y tenebrosos pasos de este valle de lágrimas...; al ánora de la esperanza para los pescadores que zozobran entre las tempestuosas olas del cotidiano vivir; a la cifra celestial de los misterios soberanos; a la estrella brillante que enseña los rumbos seguros para caminar sin escollos al Puerto de la Ciudad de Dios; al baluarte guarnecido de la religión cristiana; a la corona de los justos; a la alegría de los espíritus angélicos...; y, finalmente, a la que es consuelo de los afligidos, la conversión de los obstinados, carácter dichoso de predestinados, camino real para la Gloria y esfuerzo de la clemencia del Hacedor Supremo, pues la mayor misericordia que todo un Dios puede dispensar a una criatura mortal es el afecto y devoción a su Purísima Madre. Esta es María Santísima en su dulce y amorosa advocación del Socorro, a la que su hermandad, hace ciento setenta y tres años, en 1833, dedicaba un novenario de madrugada, redactando de la forma leía, su convocatoria.

Hermano Mayor, Junta de Gobierno y cofrades de la Hermandad de Nuestra Señora del Socorro Coronada. Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades. Señoras y señores:

Cuando en junio pasado el hermano mayor me pedía un artículo para vuestro boletín *El Campanillo*, escribí unas líneas bajo el título de “Preludio de un pregón”, que voy a leer a Vdes. porque creo que en ellas se condensan mi estado de ánimo de entonces y mi predisposición a realizar la tarea que se me encomendaba. Dice así:

Sólo soy un pregonero *in pectore* de la Virgen del Socorro... Ni tan siquiera en estos momentos sabe Córdoba de mi compromiso con la Reina de la Corredera, pero existe... Compromiso, sí, tanto en su sentido semántico de “obligación contraída”, de “palabra dada”, como de “dificultad” o “desazón” cuando empiezo a enfrentarme a mi tarea. No sé –presumo que no- si lograré pronunciar un pregón a la altura del arrebatado cofrade de Ángel M<sup>a</sup> Varo o de Jesús Cabrera. Dudo si podré acercarme a la profundidad mariológica de Fermín Pérez en su pregón de la Coronación Canónica. Vacilo ante los conocimientos iconológicos e iconográficos de Ángel Aroca sobre la Virgen. Compruebo la soltura en la exposición periodistas-pregoneros que me antecedieron y me rindo sin condiciones a la devoción hecha poesía, a la poesía hecha piropo y alabanza, que desgranaba hace un año mi querida Juana Castro. Sólo encuentro una baza a mi favor en este nombramiento, que me honra y me atribula: mi acendrada

devoción mariana, nacida en mi niñez ante las plantas de la Virgen de Villaviciosa, la Virgen de mi pueblo; afirmada, ya en mi “madura madurez” en un santuario serrano, el de Linares, donde la naturaleza circundante susurra una salve interminable a la Virgen Conquistadora de Córdoba; comprometida con el concepcionismo que Ella misma pregona en su título y que nuestra Real Academia recuerda, año tras año, desde 1938; ratificada antes todas las Vírgenes cordobesas en mi Pregón de las Hermandades de Gloria.

Tras pregonar a Villaviciosa en su Coronación Canónica y años después a Linares, ahora me toca hacerlo con la Virgen del Socorro y ahí comienzo mi compromiso... Yo conozco su historia desde hace mucho tiempo, refrescada y ampliada tras la lectura del conocido libro de mi amigo y compañero en la Real Academia, Juan Aranda Doncel; yo la he visitado asiduamente en su ermita y he seguido alguna sabatina en su honor y he asistido a algunos de sus pregones y he participado en el besamanos y he contemplado las ofrendas el segundo sábado de septiembre y he acudido a su procesión del último domingo... Pero aún no estoy preparado para pregonarla, porque como afirmaba en mi pregón a la Virgen de Linares “...un pregón mariano para mí es como un grito del alma.; como una explosión de amor sentido, que se trasmuta en palabras...; como un borbotón de emociones que toman forma de poesía y de plegaria y de súplica y de homenaje...” Y para ello, decía entonces y reafirmo ahora, me es necesario amar más a la Virgen en su especial advocación, en la del Socorro en este caso.. Y en ello estoy: leo, pregunto, investigo; me acerco a la Corredera, entro en su ermita y miro miu fijamente a la Señora.. Mi oración, pidiéndole que me ayude en mi actual cometido, no es otra que el humilde y breve poema que le dedicara en mi citado pregón de las Hermandades de Gloria:

*Tu cabellera morena  
y el hoyuelo del mentón  
me roban el corazón  
y alivian toda mi pena.  
¡Socórreme, Madre buena  
desde hoy hasta que muera!  
¡No me apartes de tu vera  
Virgen del Socorro bella,  
dulce y celestial doncella!  
¡Virgen de la Corredera!*

Hace casi seiscientos años, en 1428, dos cofradías, las de la Santísima Trinidad y San Pedro ad Víncula, sostenían un pequeño hospital en la Plaza de la Corredera en cuyo empeño se agregaría, casi un siglo después, la hermandad de Nuestra Señora de los Ángeles cuyo culto prendió pronto y fuerte en el barrio de San Pedro. La nueva hermandad reunida alcanzaría gran esplendor a lo largo de la decimoquinta centuria.

No puedo ni debo detenerme en pormenores que, por otra parte, son de todos sobradamente conocidos pero sí que pretendo explicar el advenimiento de la devoción de la Virgen del Socorro, que muy pronto habría de alcanzar la supremacía en el corazón de los cordobeses. No voy a hablarles del joven salvado milagrosamente de la tormenta en la noche del día de San Mateo de 1589, como cantó en su romance Amaro Centeno; ni de don Clemente de Cáceres, el Tenorio cordobés, que también salvó la

vida por intersección de la Señora del humilde hospital; ni de los ocho jóvenes, devotos de la Virgen, que pusieron en peligro su vida en la epidemia de peste de 1650. No voy a tomar partido, lógicamente ni por el ocasional poeta, ni por Rafael de Vida, ni por Nicolás de Vargas Valenzuela, que defendieran, respectivamente, el hecho enunciado como origen de la invención mariana del Socorro y me quedo con la postura que marca Aranda Doncel en su libro: la devoción a la Virgen del Socorro se inicia en Córdoba en 1589, cristalizada a mediados del siglo XVII y alcanza su culminación en 1677 y 1695, fechas en las que aparecen, primero la Cofradía de Nuestra Señora del Socorro y Ánimas Benditas y después la de Ntra. Sra. del Socorro y Santo Rosario.

A la postre, la primera de ellas habrá de desaparecer la filo del segundo tercio del XVIII, quedando sólo la rosariana en clara y a veces cruenta competencia con la de Nuestra Señora de los Ángeles, que si bien marca su primacía durante los primeros años, habría de cederla a aquella a partir de 1750, hasta llegar a su disolución absoluta en los años finiseculares.

Y aquí comienza tu solitario reinado en tu actual ermita, Virgen del Socorro. Antes de nacer tu cofradía rosariana, sólo viviste noventa y seis años en el hospitalillo de la Corredera hasta su demolición en 1685, cuando el corregidor Ronquillo Briceño dedición reedificar todo el recinto a pesar de la resistencia de tus cofrades, que acudirían presurosos a costear las obras de tu nueva ermita ante la desidia e incumplimiento de las promesas de la autoridad municipal. Ya reinabas en tu nuevo templo, alzado en el mismo sitio donde se localizara, siglos atrás, la basílica mozárabe de Santa María y en 1147 fue sepultado San Martín de Soure y poco antes de la reconquista cristiana, fuera hospedería de trinitarios cuando venían a tierra de moros a redimir cautivos. A partir de ese momento tu ermita será, ya para siempre, uno de los santuarios marianos más importantes de Córdoba y tu advocación por siempre amada hasta nuestros días.

En la segunda mitad del Setecientos gozaste de principal protagonismo entre la veintena hermandades rosarianas existentes en la ciudad y en los primeros años del siglo XIX aumentó tu esplendor, matizado por descensos coyunturales en la epidemia de fiebre amarilla de 1804 y en los luctuosos años de la invasión francesa. Enorme vitalidad la que tuvo en esa época tu cofradía, basada en buena parte en las indulgencias otorgadas por los Papas Pío VII y León XII y en la agregación de tu ermita a la Patriarcal Basílica Liberiana de Santa María la Mayor de Roma, vitalidad nuevamente amortiguada por la epidemia de cólera de 1834 y vuelta a recuperar tras la desamortización de Mendizábal. Y a lo largo de la décimo octava centuria, tu hermandad sigue su devenir con altibajos, debidos a coyunturas políticas, económicas y accidentales como el incendio de tu ermita, pero tú seguías estando en el corazón de los cordobeses. Y esa misma ondulada trayectoria de tu hermandad va a seguir trazándose durante el convulso siglo XX: Dictadura, II República y Guerra Civil, marcan la atonía cofrade que ocupa el primer tercio de la centuria, revitalizada a partir de 1937 a lo largo de cincuenta años, no sin algunos conatos de crisis, alguno de ellos ¡ay dolor! por culpa de la intransigencia de la autoridad eclesiástica. A partir de 1987 y en pleno resurgir del mundo cofrade cordobés, tu hermandad, Señora, reiniciará una ascensión que aún continúa en nuestros días.

¡Santísima Virgen del Socorro! A lo largo de tu dilatado devenir fue tu hermandad la constituyó, sostuvo y engrandeció tu culto. Una cofradía, que a sus reconocidos títulos de Antigua, Ilustre y Fervorosa pudiera unir, como ya reivindicaba Jesús Cabrera en su pregón de 1993, el de Hospitalaria y yo me atrevía a apuntar también, los de Trinitaria, de Ánimas y Rosariana, que realmente completan y compendian todos sus ancestros.

Una cofradía nacida en la Plaza de la Corredera, punto neurálgico del barrio de San Pedro, centro de la Ajerquía, donde se reconcentraba la mayor parte del comercio y la industria de la ciudad, como todavía dan fe el nombre de muchas de sus calles: Almonas, Cedaceros, Odreros, Aladreros, Especieros, Tundidores, Lineros y Carderos, estas tres últimas profesiones, claro exponente de la importancia que Córdoba tuvo en épocas pretéritas en la industria textil. Y estos artesanos, junto a tejedores, herradores, carpinteros, sombrereros, confiteros y plateros, fueron el ópimo germen de tu hermandad. Después se añadirían profesiones liberales como médicos, abogados y escribanos públicos, corregidores de la ciudad, algunos nobles, miembros del clero secular, frailes y monjas e incluso ermitaños del eremitorio de Nuestra Señora de Belén y muchas personas del pueblo llano. ¡toda Córdoba representada en tu cofradía, Madre del Socorro!

Pero faltaba el protagonismo de las mujeres; excluidas incluso de los callejeros Rosarios de la Aurora, poco antes de la mitad del siglo XVIII se unirían en una Congregación femenina del Rosario, dentro de tu hermandad, contribuyendo activamente a su auge hasta el punto que con el tiempo, llegaría a representar más del cincuenta por ciento de sus cofrades.

¡Rosarios públicos del Socorro, los primeros que existen documentados en nuestra ciudad, dedicados a ti, Madre mía, como depositaria de una devoción germinada por los dominicos de San Pablo en los años finiseculares del Quinientos e intensificada y difundida por tu cofradía en las siguientes centurias!

¡Rosarios del Socorro de madrugada, que, durante mucho tiempo, inundaron las calles de Córdoba de fervientes avemarías, con el musical fondo de bajones y violines y con el acompañamiento de la luz incierta de los faroles y cirios encendidos que portaban tus cofrades!

¡Rosarios del Socorro, paradigma del título de “rosariana” que por entonces tenías y que sigues teniendo, Madre mía, tanto por tu título primigenio como por tu historia y además, por la oportunidad en que fuiste coronada canónicamente, precisamente en el *Año del Rosario*, que proclamara el añorado Papa Juan Pablo II el 16 de octubre de 2002!

Y mas aún, eres rosariana porque tú, María del Socorro, eres la Madre de Cristo y el Santo Rosario, como decía el citada Papa en su Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, nos ayuda a recordarle, a rogarle, a anunciarle y a comprenderle a través de ti; a contemplarle contigo con tu misma mirada *interrogadora*, como en el extravío en el Templo, o la *penetrante* de Caná, o la *dolorida*, a los pies de la Cruz, o la *radiante*, de la mañana de Pascua, o la *ardorosa*, del día de Pentecostés.

El Santo Rosario, en fin, como escribiera el cardenal Von Balthasar, “entrelaza la oración mariana con todo lo histórico-salvífico: la actuación de los misterios de Jesús (...) en los que te envuelve a ti, María, como prototipo de la Iglesia”.

Más tú, Virgen del Socorro, nunca estuviste sola en tu ermita. Flanqueada por los hermanos mártires, Acisclo y Victoria, tienes cerca de ti a San José y San Rafael, como si tu ermita fuese un relicario de la devoción tradicional cordobesa, una síntesis del sentir cristiano de una ciudad, que hoy parece adormecida. Y tienes a tu Hijo, el Cristo de las Tribulaciones y a sus pies, la Virgen de los Dolores y San Juan, el discípulo

amado, conformando el sublime instante en el que te convertiste, por deseo de tu Divino Hijo, en Madre de una Iglesia, concebida en el Gólgota y ratificada en la plenitud de Pentecostés.

El título María Madre de la Iglesia otorgado por Pablo VI, expresa según escribía en 1999 el entonces Cardenal Ratzinger, hoy Benedicto XVI, “el desbordamiento del marco eclesiológico en la doctrina sobre María y al mismo tiempo, la coordinación de dicha doctrina con él...” y continuaba: “..la mariología nunca puede ser puramente mariológica sino que está situada en la totalidad de la estructura fundamental de Cristo y la Iglesia; es expresión concretísima de su muta conexión”

“Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos”, nos dice Pablo VI en su *Marialis Cultus* pero siempre tendremos presente, que las diversas formas de piedad hacia la Virgen han de desarrollarse en armónica subordinación al culto de Cristo y en torno a Él, como su natural y necesario punto de referencia.

Así han de pensar y sentir tus cofrades, Virgen del Socorro; así hemos de amarte, Virgen María, no con un simple sentimentalismo estéril y transitorio, como si una advocación determinada fuera lo más esencial en la devoción mariana sino basando nuestra devoción en sólidos planteamientos teológicos y en el conocimiento profundo de tu Misterio. Amándote así, conociéndote así, la verdadera devoción mariana nunca quedará empequeñecida porque nuestras *salves* y *avemarías* las entonemos teniendo en la mente aquella Virgen a la que aprendimos a rezar de niños o a la que nos motivó por alguna razón a lo largo de la vida. Esto parece ratificar Benedicto XVI, cuando escribe: “La piedad mariana estará siempre en tensión entre racionalidad teológica y afectividad creyente. Pertenece a su esencia y a ella le incumbe, precisamente, no dejar atrofiarse ninguna de las dos; no olvidar en el afecto, la sobria medida de la *ratio* pero tampoco ahogar con la sobriedad de una fe inteligente al corazón, que a menudo ve más que la propia razón”.

En esta ambivalencia que marca el Papa basamos nuestro amor a tu bendita advocación del Socorro. Y bajo este prisma vamos a encarar tus cultos, que comienzan el próximo sábado porque la devoción mariana necesita para su exteriorización, ermitas e imágenes:

Tu ermita, como centro de meditación y rezo, como lugar de acrecentamiento de la fe y de la esperanza y de refugio y consuelo de renovación cristiana.

Imágenes, como la tuya, morena cordobesa guapa, de rasgados ojos, pícaro hoyuelo en el mentón y –repitiendo el piropo que te dedicaba el año pasado Juana Castro- cuello de magnolia rosada de cantaora flamenca... Imágenes, como la que te encarna de Virgen-Madre siempre sosteniendo a uno de tus Niños, bajo cuyo manto son consagrados los infantes nacidos en la feligresía de San Pedro... Imágenes, como la que te distingue con los símbolos inmaculistas, cuasi blasón de una ciudad que se distinguió siempre como defensora de la “piadosa costumbre” que luego sería dogma... Imagen la tuya, Virgen del Socorro, que ostenta el atributo de Alcaldesa de barrio, el bastón de teniente alcalde de José M<sup>a</sup> Luque Casares, el popular *José María el de los platos*, tu ferviente devoto..., título ratificado y aumentado a Alcaldesa Perpetua de Córdoba en tu Coronación Canónica por el Excmo. Ayuntamiento de la ciudad. Imágenes, también, como la que campea en el nicho de la parte superior de la portada de tu ermita, tallada por Clemente de Lara y que afirmaba desde 1746, tu señoría en la Corredera.

Y también son necesarios para exteriorizar nuestra devoción hacia ti, cánticos y rezos y procesiones...

Cánticos, que sean ofrenda y alabanza, suspiros y requiebros.

Rezos, como el *Sub tuum praesidium*, la más antigua oración que se conoce dedicada a la Madre de Dios; o como el Santo Rosario de Domingo de Guzmán; o como la *Salve*, que compusiera Pedro de Mezonzo, obispo de Compostela, en las postrimerías del siglo X; o como el *Bendita sea tu pureza*, nacido de la pluma del franciscano P. Antonio Panes en su convento de Priego.

Procesiones de tu imagen, como las tantas veces repetidas hasta San Pedro acompañada por las de San Rafael y San José.; o la celebrada el 21 de septiembre de 1975 con motivo del IV Centenario de la Invención de las Reliquias de los Santos Mártires, siendo escoltada por Acisclo y Victoria; o aquella en la que fuiste al mercado de la Corredera para la inauguración del nuevo mercado en 1986; o tantas, tantas, como la que viviremos el último domingo de este mes que comienza.

Pero antes hemos de gozar otras jornadas gloriosas: el próximo jueves, día siete, en la Eucaristía conmemorativa de tu Coronación Canónica, tendremos ocasión de recordar que fuiste nombrada Reina de los Cielos por se Hija de Dios Padre, según tú misma proclamabas en el *Magnificat*; por se Madre de Dios Hijo, único capítulo de tu biografía terrena; por ser Esposa del Espíritu Santo, que fecundó tu virginidad, produciendo en tu seno “el primer sagrario del mundo”, fastuosa efeméride que quiero refrendar con este soneto en el que se compendia tu Misterio:

*Ya Dios te destinó eternamente,  
tras el fallo fatal de Adán y Eva,  
prometiéndote gestar la Mujer nueva  
que venciera, por fin, a la serpiente.  
Luego se posó en ti tan dulcemente  
que en vientre virginal Dios ya se eleva,  
haciéndose mortal en una cueva*

*el Hijo del Padre Onnipotente.  
Tras tu vida de gozo y amor llena,  
la Santa Trinidad feliz entona  
el triunfo de tu ser, arcana elipsis.  
María de Nazaret, pura azucena,  
ya luce en sus sienes la corona:  
Génesis, Encarnación, Apocalipsis.*

Un día después bajarás de tu camarín para mostrarte cercana a tus devotos y recibir su rendido besamanos de agradecimiento por tu continuo socorro. Pasarán ante ti hombres de recio rostro que no podrán reprimir el suspiro profundo que sale del hondón del alma; mujeres de ojos relucientes con conatos de lágrimas en contraste con sonrisas de complicidad materna; niños arrobados que duplicarán su beso en tu mano y en el piececito de tu Hijo; cofrades y devotos, convencidos y curiosos, creyentes y agnósticos, pero todos en un caleidoscópico palpitar de variados sentimientos, posarán sus labios en tu mano benefactora...

*Señora, vengo a besar tu mano,  
a veces de socorro requerida  
y al ver tu cara, de amor transida  
en quererte más siempre me afano.  
Virgen, que en lo divino y en lo humano,  
tú, por la Trinidad fuiste elegida,  
Socórreme en mi muerte y en mi vida,  
Plena de sentimiento mariano.*

*Desde hoy, que he sido tu pregonero,  
de tu advocación me siento preso,  
y siendo para siempre “socorrero”,  
sumido en divino embeleso,  
quisiera dedicarte un ¡te quiero!  
y acariciar tu mano con un beso.*

Después del Triduo y de la Fiesta de Regla en tu honor, el día 24 de septiembre, llegará el climax de tus cultos cuando al atardecer de un domingo del recién estrenado otoño todavía con resabios caniculares de un estío inclemente, aparezcas en la puerta de tu ermita para iniciar la procesión de tu bendita imagen. Vestida con tus mejores galas, exornada con los bellos aderezos de tu realeza y portando el bastón de Alcaldesa, te ofreces al pueblo de Córdoba, reina en tu templo barroco, pisando como Inmaculada la media luna y los angelitos, que entre nubes portan el racimo de uvas, otras frutas y la tradicional merenga... Te saludan las notas gloriosas de la banda de música, entremezcladas con las vibrantes de campanillo, en tanto estallan los vivas y aplausos de una multitud enfervorizada. Ya estás en tu Plaza abarrotada...; continúas hasta la de la Almagra y luego sigues por la calle Baño...; entras por Don Rodrigo donde antaño reinó la “Virgen de las dos caras”, una Inmaculada llamada así porque miraba a los barrios de San Pedro y San Nicolás de la Ajerquía cuyos vecinos la financiaron; llegas hasta la plaza donde se levanta la antigua catedral mozárabe tan unida a tu historia y vuelves por la calle a la que presta su nombre el divino escultor de las Angustias, para recorrer la de Almonas, adentrarte en la intimidad de Cedaceros, Juramento y plaza del Tambor y ascender por Tundidores, llegas a la Espartería. Ya cerca del Arco Alto, en el Gollizno, tu desfile se entorpece por la estrechez de una calle donde las breves aceras no pueden contener la multitud que te aclama...; y al entrar en la Corredera, el espectáculo es indescriptible...: Córdoba a tus plantas en esa inmensa plaza, antaño explanada extramuros de la medina donde se reunían arrieros y chamarileros, luego núcleo comercial y mercantil de la ciudad y al filo de la última década del siglo XVII, transformada por voluntad de Ronquillo Briceño y de la mano del arquitecto salmantino Antonio Ramos de Valdés en ese espacio porticado con cuerpo de plaza castellana y alma de una Córdoba eterna.

¡Plaza de la Corredera, corazón de una ciudad tantas veces protagonista de la Historia, donde tuvieron lugar fiestas reales, conmemoraciones como la de la victoria de Lepanto, proclamaciones como la de la Constitución de 1812 y encendidos discursos políticos como el de don Rafael de Riego! ¡Plaza de la Corredera, testigo de juegos de cañas, de corridas de toros y de justas poéticas y también, como hosco contrapunto de la vida, de autos de fe y de ejecuciones públicas! ¡Plaza de la Corredera, muchas veces expresión de acontecimientos religiosos, donde resonó la voz de afamados predicadores y se celebraron canonizaciones y tuvieron lugar actos de acción de gracias, como el dedicado a San Rafael después de la mortífera epidemia de peste de 1650 y, hace tres años, el sublime acontecimiento de tu Coronación Canónica..!

Plaza de la Corredera, que en la noche mágica del 24 de septiembre será testigo, una vez más, de tu paso delante del noble edificio que fuera cárcel real y que hoy alberga el mercado del que eres Patrona...; y volverán a restallar vítores y aplausos y a nublar los ojos lágrimas de emoción profunda, trasunto de sensaciones íntimas... Y allí, debajo de tu trono, el gozo escondido de tus costaleros, transformado en sudor por la trabajadora, expresan su sentimiento en el último *allegro* de sus pasos, que casi bailando te llevan al Arco Bajo, te acercan a tu ermita, refulgente como un ascua de oro, donde recibes el penúltimo homenaje de la coherería y los fuegos de artificio, que inundaban el cielo de la Corredera, de todo tu barrio hasta que, majestuosamente en presencia de un pueblo rendido, entras en tu casa..

Tu procesión es la manifestación externa, a pie de calle, más genuina de que realmente Andalucía es la tierra de María Santísima y que España, en la que reinas en tu advocación de Inmaculada por decisión de Carlos III, sigue siendo mariana aunque unos

pocos opinen lo contrario; y, en fin, que no son ciertas en modo alguno ni la afirmación sartriana del “Dios ha muerto” ni la soflama azañista de “España ha dejado de ser católica”. El día de tu procesión saldremos de las catacumbas de nuestra comodidad y de nuestro hedonismo y en el circo de este mundo artificialmente laicizado miraremos cara a cara, con valentía, a las fieras de la incomprensión y del relativismo moral que hoy le atenazan.

*Es el atardecer, más amanece  
cuando sales, airosa, de tu ermita  
para cumplir con la amorosa cita,  
que, rendida, Córdoba te ofrece.  
La fuerza del costal tu trono mece...;  
el pueblo en una voz su amor te grita:  
-¡Entre toda mujer, la más bendita!  
ja tu lado la Luna palidece!*

*Vivas y olés, las palmas de un gitano...,  
lágrimas, emoción, algún gemido...;  
con mis ojos la procesión recorro  
y en buscar tu mirada me afano  
y acabo con el corazón transido  
a tus plantas, Señora del Socorro.*

Este año con la procesión no terminarán tus fiestas...; falta aún la acción de gracias de tus devotos, que te la rendirán en forma material con su ofrenda de flores y alimentos y también espiritualmente, en una Eucaristía.

La primera de ellas, a mi juicio, tiene antecedentes seculares; la más antigua referencia a ello tal vez sea la herencia de la Hermandad de Ánimas, a la que los alcaldes mayores de la ciudad cedían el dinero recaudado en la venta de las cabezas de reses de monte que se vendían en la Plaza de la Corredera. Posteriormente, existen citas de las dádivas en especies que se recogían en las demandas realizadas en las ferias de Santiago y de la Fuensanta e incluso también puede basarse en las rifas de productos comestibles ofrecidos por los comerciantes del mercado.

En definitiva la ofrenda es, sin duda, la ceremonia más cercana, con más sabor a pueblo, con más sabor a Plaza de la Corredera, tu señorío legítimo donde ejerces tu patronazgo entre cajas de pescado, carnes aún palpitantes, frutas en sazón en atractivo concierto de sabores y colores, surtidas abacerías y tiendas de especias donde el tomillo, el orégano, el anís y la albahaca contrapuntean en gratos aromas con el pimentón, la canela y el jengibre.

*No repares, oh Virgen, en mi ofrenda,  
que no dono envuelta en un te quiero  
cual el tamboril del tamborilero  
cogió el Niño-Dios en dulce prenda.  
No tengo más poder ni más hacienda  
que un viejo corazón, que late entero  
y en amor hacia ti es el primero*

*y adorarte por siempre, en su senda.  
Recibe mi presente, engrandecido  
por esta mi intención de venerarte  
y a tu protección siempre acogerme  
porque siendo un pobre desvalido  
¡oh Virgen del Socorro! socorreme.*

Ese día, seguro que desde el Cielo te hará su eterna ofrenda Tránsito, tu vecina “de al lado”, que durante mucho tiempo tuvo el privilegio de saludarte a través de sus ventana y también lo hará su hijo Vicente, este año insignia de oro de tu hermandad a título póstumo.

Y al fin, la Misa de acción de gracias. Y en su discurrir este pregonero repetirá en silencio todos los agradecimientos que a mi corazón abruma: Gracias al Hermano Mayor y a la Junta de Gobierno de la Hermandad, por haberme ofrecido el alto honor de



poder homenajear públicamente, una vez más, a María Santísima. Gracias a Antonio Campos, mi presentador esta noche, escogido por mi por ostentar la presidencia del Círculo Cultural de Averroes de la Asociación profesional de Informadores Técnicos Sanitarios de Córdoba, de la que eres Patrona desde 1989 por decreto del recordado Monseñor Infantes Florido y Presidenta de Honor de la misma. Con esta elección he querido, además, estrechar mis afectos con un colectivo que me ha acompañado en mi quehacer a lo largo de más de cuarenta y tres años. ¡Gracias, Antonio por tus bellas palabras, que nacidas del cariño que me profesas, han convertido en una apasionada *laudatio* lo que sólo debía ser una presentación. ¡Gracias!

Pero, sobre todo, gracias a ti, Madre del Socorro, que has guiado mi pluma y sustentado mi palabra.; más ese agradecimiento quiero hacerlo, como ya es común en mis pregones marianos, con un *Avemaría* que quiere ser a la vez, canto, oración y súplica:

Dios te salve, María, porque llena eres de gracia; porque en palabras de San Buenaventura, “excedes en hermosura de la carne a todas las mujeres y excelencia de la santidad sobrepasas a ángeles y arcángeles”. Porque, oh María, eres lo más divino que se puede ser sin ser Dios.

Te canto, Virgen del Socorro, porque el Señor es contigo; porque la Divinidad mora en ti, la augusta Trinidad te inhabita y su infinita vida te llena.

Te canto, Patrona de la Corredera, porque eres bendita entre todas las mujeres, porque eres la única exenta de la maldición de la culpa, la Inmaculada, la Agraciada, la Elegida de Dios para ser Madre, sin dejar de ser Virgen.

Canto en ti, Reina de los “socorros”, a todas tus advocaciones cordobesas y de Andalucía y de todos los pueblos y regiones de España, de toda España, que te tomó por patrona en el misterio de tu Concepción Inmaculada.

Te canto, Madre de Dios, y contigo a los hombres y mujeres de tus Hermandades marianas de Córdoba y de todo el orbe cristiano, que supieron encender en el corazón de sus hijos el primer atisbo de amor a su Virgen.

Canto a ti, Madre mía, a los jóvenes, venero fecundo de tu devoción y de tu culto, que deberán proyectar en el tiempo, su vocación mariana.

Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra del Socorro, ya que eres nuestra Intercesora, nuestra Mediadora, ruega por nosotros.

Socorre a los desheredados de la fortuna.; a los marginados de una sociedad acomodada y egoísta, en base a sinrazones de razas, culturas o enfermedades pretendidamente estigmatizantes.; a todo ese extenso Tercer Mundo, que sigue siendo nuestra responsabilidad y nuestro oprobio.; socorre a los que sufren enfermedad del cuerpo o espíritu.; a los ancianos, hoy tan desprotegidos, a veces preteridos e incluso despreciados; ellos, que fueron miembros activos de una sociedad que gestó la nuestra dándonos, además de la vida, el generoso sudor de su entrega diaria.; a los inmolados en absurdas guerras de religión desde Gaza y el Líbano a las torturadas tierras de Irak y Afganistán y en general en todas las guerras basadas la mayoría de las veces en intereses bastardos de todo signo o tendencia.; ruega por los que murieron dentro de esa demoníaca espiral del terrorismo ¡de toda clase de terrorismo! y socorre a sus familiares

en su sufrido recuerdo tantas veces ignorado, incluso vilmente utilizado como sucia moneda de cambio.

¡Reina de la familia!, nueva invocación recientemente incluida en tus letanías lauretanas, ruega por ella en estos momentos de descarado secuestro de su sentido cristiano.

¡Reina la paz! Socorre a los que no entienden que en este mundo convulso, “el ansia inmensa de paz” no se consigue con alianzas imposibles ni con entelequias diplomáticas, sino simplemente con el amor al prójimo, mandato inscrito por el mismo Dios en el Sinaí y ordenado por los cánones sagrados de todas la religiones..

Y después de mi oración, mi despedida:

*No digo adiós, sino hasta luego,  
un “luego” que comprende ya mi vida,  
que pongo a tus plantas, ofrecida  
desde el mar en el que incierto navego.  
Socorre en sus cegueras a este ciego,  
señálame el rumbo de mi partida,  
sostenme por siempre, Madre querida,  
no dejes de mirarme ¡te lo ruego!  
Prometo visitarte con frecuencia  
y rezarte piropos y oraciones  
y pedirte tus dádivas “a chorro”.  
Ya sé que abusará de tu paciencia  
más sobran todas las explicaciones,  
¡por eso eres la Madre del Socorro!*